

## EN LA PIEL EQUIVOCADA



**UNA FRÍA** gota de agua cayó del techo sobre la frente de Miriam, provocándole un terrible escalofrío que terminó súbitamente con el sueño profundo y feliz al que negaba abandonar: intentó mantener los ojos cerrados para completar la quimera interrumpida por esa maldita gotera. “Ni dormida puedo cumplir mis deseos”, pensó con un enojo que fulminó de modo instantáneo al contemplar, colgado en el ropero abierto, el vestido de quinceañera que ella misma diseñó con raso rosa y tul del mismo color pastel, aplicaciones de encaje de perlas y canutillo, mangas abollonadas, crinolina con aro y un enorme moño para la cintura, guantes y una corona de flores secas que también sirvieron para un pequeño ramo con listones.

Aquella mañana de agosto resultó de las más felices para Miriam: cumplía con el sueño que deseaba desde hace treinta y cinco años. El vestido estaba ahí mismo,

colgado en el ropero abierto, nada percudido por el tiempo que ya ha pasado durante doce años. Miriam se levantó entonces con la felicidad más grande del mundo. Se permitió suspender la rutina de todos los días para acudir con la estilista del barrio que la peinó y la maquilló, de acuerdo a una prueba que ambas habían realizado, destacando el rizado de su corta cabellera, y la aplicación de la corona con incaibles, y el tono labial fushia y los párpados en colores rojo y celeste. De regreso, Miriam encontró a Lucinda, su madre, lista para cumplir con el rito de vestirla: primero las medias, luego la crinolina y después el vestido y los zapatos con tacón de ocho centímetros de altura. Lucinda lloró de emoción al contemplar frente al espejo de cuerpo entero a la espigada quinceañera que siempre quiso tener. Miriam llamó por teléfono a un taxi que, acompañada por su madre, la llevaría al estudio de un viejo fotógrafo de la principal calzada de la ciudad. Miriam sonrió. Y justo cuando fueron encendidas las instantáneas y brillantísimas luces de las lámparas, tras el click del disparador fotográfico, Miriam recordó ese preciso momento en el que sintió que comenzaría a vivir su vida con felicidad, un momento triste pero que inevitablemente le provocó una sonrisa: la muerte de su padre.

Descansa en paz, papá, que en paz estoy contigo  
—pensó.

Era el año de 1957. Miriam tenía diecinueve años de edad al momento de sembrar a su progenitor, Oblester, un hombre dedicado al trabajo en agencias de viajes como

guía de turistas; un hombre enérgico y machista. Era un hombre con la corpulencia de un roble. Parecía que nada ni nadie lo podía derrumbar, excepto la necesidad de amor que exigía fingiendo alguna dolencia que jamás tenía pero que le permitía recibir un cariño que, de otra forma, sería imposible brindársele. Los cuatro meses que pasó en cama antes de morir resultaron efectivamente un síntoma extraño. Los médicos tenían controlados los malestares de la próstata pero desconocían los motivos por los cuales Oblester estaba negado a abandonar aquel colchón amarillento y mal oliente por los orines.

Oblester nunca quiso tener mujeres como hijos.

Son carnes para perros —solía decir.

Y nunca las tuvo. Sólo se preocupó por ello. Lucinda le decía que el bebe que esperaba lloraba dentro de su vientre. Estaba en la semana treinta y cuatro de gestación. Lucinda había soñado entonces en una manzana roja, lo que provocó aumentar sus tensiones y la toxemia que afectó el embarazo que concluyó mes y medio antes de lo previsto, dando a luz el 17 de agosto de 1938 a una criatura de un kilo 980 gramos con una medida de cuarenta y cinco centímetros. Al reconocerlo como varón, Oblester despejó inmediatamente los malos presagios de aquel misterioso llanto que había interpretado como la próxima llegada de una niña que intensamente no deseaba. Sin pensarlo, incluso sin consultarlo con Lucinda, que fervientemente había rogado por la llegada de una niña, Oblester bautizó a aquel niño, el cuarto de cinco hijos, como Miguel.

–Mi infancia fue muy dura y difícil– recuerda Miriam. Mi papá nunca me dejaba salir a la calle porque yo desde los siete años sentí que era distinta. Que era mujer. Veía mi cuerpo, la pequeñez de mi miembro, pero no me asustaba, al contrario: me enamoré desde entonces de mi cuerpo. Sí, íbamos con doctores, pero no recuerdo que me dijeran algo, sólo que tenía más hormonas femeninas.

Desde la infancia Miriam ya se sentía como tal. Buscaba sentirse así. Una ocasión se puso los zapatos de su mamá. Oblester le gritó:

–¡No se ponga eso, cabrón!

El resto de los hermanos de la familia desconocían a Miriam. Tampoco querían salir con Miguel. Se avergonzaban de él. Solamente la mamá le daba amparo. Iban juntos al mercado y le permitía darle vuelo a sus ilusiones femeninas. “Mamá siempre me permitió que enfrentara al mundo como la mujer que soy”.



Amanecía. El sol todavía estaba oculto. La niebla cubría el paisaje de la ciudad que, con la humedad y el insólito frío que como en muchos años no se había registrado, envolvía el asfalto de agua nieve; un clima que por otra parte advierte la llegada del invierno con tardes que se sienten más chiquitas y crepúsculos que arriban pronto. El nuevo día venía cargado, como todos, de un silencio que generalmente es roto por el ruidoso trajín del ferrocarril de carga que, por lo general, cruza la mancha urbana alrededor de

las diez de la mañana, y que, también por lo general, provoca la intensa vibración en los cristales de las ventanas de la casita de Miriam, una construcción de color verde de los años cuarenta con aires estilo California, ubicada en la colonia Regina de Monterrey. Sin embargo con ése ya eran cinco días en los que Miriam permanecía prácticamente en cama, abatida por una neumonía a la que se estaba entregando con el deseo de alcanzar la muerte que hace unos meses llegó hasta Lucinda.

El ingrato dolor de Miriam estaba y está unido además a la decepción del desamparo de otra de las presencias que, como un escudo de defensa, la ha acompañado casi toda la vida: la fuerza del Niñito Fidencio, un hombre de rasgos infantiles, voz atiplada y personalidad juguetona y afeminada, muerto hace sesenta años, que realizó hechos considerados prodigiosos en un pueblo del norte de México y cuyos adeptos, que crecen cada vez más con el tiempo, le otorgan valores de santo. La última ocasión en que Miriam tuvo una visión del Niñito ocurrió al finalizar las fiestas de marzo en la ranchería donde el taumaturgo está sepultado. La poca nitidez con la que Miriam observó al Niñito le provocó cierta sospecha pero jamás imaginó que podría tratarse del anuncio de una posible despedida. “El Niñito jamás me abandonaría, aunque estoy dispuesta a aceptar la voluntad suya que es también la voluntad de Dios”.

Miriam desarrolló las virtudes de la videncia desde que tenía cuatro años de edad, cuando entonces, después de varios días plenos de fiebre, despertó repentinamente al soñar

con la imagen de un hombre que le ordenaba levantarse. La recuperación fue considerada como milagrosa por lo que la familia entró de rodillas a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, como manda prometida por la salud de su hijo.

Desde entonces, las visiones de aquel personaje con túnica blanca que jamás había visto se volvieron más constantes. Una noche, cuando tenía ocho años, le dijo que se levantara porque su mamá estaba tirada en el baño por los achaques de la úlcera que con el tiempo la mataría; y con el simple hecho de ponerle la mano, en el nombre del Niñito que no conocía, Lucinda se puso de pie. A partir de ese momento, Lucinda permitiría que su hijo realizara limpias y curaciones a vecinos y familiares muy cercanos, hasta que después de muchos años, el Niñito le dio la señal de que fuera a conocer a una persona cuya existencia ignoraba: la hermana Fabiola. Ella era la matriarca del grupo de fieles del Niñito que prácticamente funciona como Iglesia Fidencista, y debería instruir a Miriam como sacerdote de la cofradía. Ese entrenamiento, que Miriam no inició, la facultaría para que el espíritu del Niñito se posesionara de su cuerpo a fin de continuar con su labor de salvador de penas, dolores y males, en la que diagnóstico y curación son dos facetas en un mismo acto y que resulta digna de contar en otra ocasión.



Después de posar para la fotografía del recuerdo, Miriam y su mamá regresaron a casa. Ahí los esperaban los vecinos

del barrio que acudían al festejo de una quinceañera de cincuenta años de edad, 57 kilos de pesos, 1.78 de estatura y que en el registro civil aparece como Miguel Pedraza García. Todos la siguieron a pie cuando salió rumbo al templo del barrio para asistir a la ceremonia religiosa en su honor. Un par de fotógrafos de prensa, llamados por alguien del vecindario, registraron lo que fue considerado como insólito; un canal de televisión también cubrió la noticia del quinceañeros de Miriam.

Miriam –como la llamó el sacerdote católico durante la homilía– es una buena persona, que cuida a su mamá, y que debemos protegerla y reconocerle sus esfuerzos.

Al terminar la misa, Miriam invitó a los vecinos de nueva cuenta a su casa. Ahí partieron un pastel y bebieron refrescos. También bailaron un poco al son de los discos de mambo y chachacha que durante toda su vida Miriam ha coleccionado. Era el verano de 1988, un momento que a Miriam le hace decir algo así:

Ese fue uno de mis grandes sueños: ser quinceañera. Durante todo ese día me sentí en otro mundo, en algodones, en las nubes, en un suelo de terciopelo. A mi no me importa lo que haya pensado la gente. Tampoco creo que se burlen de mí. Soy una persona normal. Nací hombre pero me siento mujer. Soy mujer. Nunca le he tenido miedo al sexo pero no conozco hombre, son injustos y malos.



**Miriam estudió** en un colegio comercial bilingüe durante

tres años en su adolescencia. Al entrar a los veinte años de edad comenzó a trabajar en el Banco General de Monterrey que estaba por las calles de Padre Mier y Pino Suárez. Durante quince años estuvo en el Departamento de Cartera. En esos momentos, Miriam todavía no era tal. Era Miguel. Estaba delgado, como lo sigue estando, pero vestía pantalón caqui, camisa blanca y corbata. Parecía un oficinista: lo era.

Una mañana, bajando unas escaleras, se encontró con uno de los accionistas del banco, don Eugenio Garza Sada, el hombre de empresa por excelencia de la ciudad. Don Eugenio le miró y dijo:

¡¿Qué está haciendo usted aquí?!

Garza Sada le pidió a Hugo Santos, el jefe inmediato del empleado, que esa persona “salga inmediatamente de aquí; esos fenómenos, ni hombres ni mujeres, no deben existir, no deben estar con la gente”.

Las palabras de Garza Sada retumban todavía en la cabeza de Miriam a pesar de que ya pasaron más de treinta años. Aquello había ocurrido en 1968. “Sí, mis compañeros notaban lo mío. No soy amanerado ni he fingido, mi voz es natural igual mi manera de ser, pero ya se notaba que era mujer”.



Miriam se había quedado sin trabajo y tampoco tenía muchas cosas que hacer. Le ayudaba a Lucinda en las labores del hogar y en ocasiones lavaba y planchaba ropa

ajena. Otras veces, de cuando en cuando, se sentaba en la mecedora del jardín de la casa a pensar y disfrutar la satisfacción de ser ella misma, sin impedimentos. Oblester, el único que se oponía a que viviera su condición con toda plenitud, había muerto hace unos quince años. Era el año de 1973.

Un año maravilloso –recuerda Miriam.

En ese año Miriam compró un billete de lotería marcado con el número 39 mil 94 que resultó con un premio de 600 mil pesos. En ese mismo año asesinaron a don Eugenio Garza Sada cuando un grupo de guerrilleros intentó secuestrarlo.

Lo mataron en la calle, como a un perro –dice sin ambages Miriam.

Con el dinero del premio Miriam abrió una cuenta de cheques que ya no existe. Pagó deudas y se compró un carro Dodge que luego vendió. También le regaló a Lucinda una sala nueva, un comedor y un refrigerador. Viajó con Lucinda a la ciudad de México y Acapulco. En la capital del país le fascinaba caminar por Paseo de la Reforma vestida con una blusa y falda blanca que jugara con el viento.



Miriam vive en estos momentos con su hermano Oblester, que es pastor evangelista. Él le dice Miguel pero le permite ser Miriam. Es frecuente que Miriam pase largas temporadas sola en casa por los constantes viajes pastorales del hermano. Por lo general procura levantarse temprano y

abre las cortinas de la casa para que entre la luz del día. Va al barrio vecino, la colonia Hidalgo, cruzando la avenida Barragán, para traer frutas, verduras y carnes. Va al centro de la ciudad a conseguir algún pendiente para la casa. Se traslada en autobús y algunas ocasiones en taxi. Le gusta caminar pero ya no lo quiere hacer porque una vez un indigente le mostró el pene y comenzó a perseguirla. Miriam corrió como nunca. Parece que no ha parado porque no quiere volver a dar un paseo a pie. No falta quien le agrede y por eso piensa: “Yo no siento que haga nada malo ni que provoque nada. A mí me reprochan como me visto: con minifaldas y vestidos, pero yo me siento a gusto y como estoy muy delgada me van bien”.

En otra ocasión, cuando regresaba a casa del mercado, a medio día, Miriam fue abordada por un par de policías.

Mira cómo andas, puteando –le dijeron.

La subieron a la patrulla y la llevaron a unas celdas donde estaban muchos travestidos y putos. Ahí pasó una noche que considera terrible. Sólo recuerda que se hincó y le regó a Dios:

–Señor, sácame de esta, por favor, por lo que más quieras: ¡ayúdame!

Miriam fue a la Comisión de Derechos Humanos a establecer una denuncia por perjuicio. Se levantó un acta al respecto pero no procedió nada, al menos ella no sabe nada, pero tiene la conciencia tranquila porque esta cierta de su buen comportamiento. Los vecinos de la colonia Regina la aceptan y le reconocen su bondad. “Es una

persona buena, inofensiva y sin vicios”, dicen los habitantes de esa legendaria colonia de la ciudad.

Miriam está ahora viendo el televisor desde su cama. Está con su rostro tostado y marcado por el tiempo de sesenta y dos años de edad, de rasgos fuertes y toscos. Lo tiene maquillado un poco. Su cabellera es larga y un poco rizada y maltratada. Está atenta al programa de Cristina, ese *talk show* famoso.

–Un día me gustaría estar ahí para contar mi vida.

Con la sospecha de dejar este mundo sin saber a lo que vino, y bajo el intenso recuerdo de la experiencia de su existencia, Miriam cerró los ojos y suspiró intensamente. Otra fría gota de agua cayó del techo sobre su frente. Pero en esta ocasión no se permitió despertar del sueño profundo y feliz al que estuvo dispuesta a entregarse, aunque todavía no para toda la eternidad.